

EUSKAL HERRIA EN LA EDAD PLANETARIA

*Patxi Azparren Olaizola**

Han pasado ya unos cuantos años, desde que el pensador francés de origen sefardí, Edgar Morin acuñó acertadamente el término Era (Edad) Planetaria para referirse a este momento de la historia que estamos viviendo. Esta nueva época ha tenido una larga “Prehistoria” que empezó cuando la especie humana consiguió técnicamente poner en contacto, en el Siglo XVI, todos los continentes de la Tierra. Desde entonces, la vieja diáspora humana que salió de África que se había dispersado y diferenciado, ha vuelto a ponerse en comunicación produciéndose una aceleración de los cambios. Son cambios que atienden a todos los aspectos, sociales, culturales, medioambientales, políticos, incluso neurológicos, según nos explican las/os especialistas. (Consultar Antonio Damásio)

La Prehistoria de la Edad Planetaria fue protagonizada por una pequeña parte del mundo habitado, por Europa. Tras siglos de decadencia Europa tuvo una explosión demográfica, intelectual y técnica durante cinco siglos consecutivos que la hizo dominante respecto a las anteriores grandes civilizaciones. Por la fuerza de las armas, terrible impulsor de muchos avances técnicos, Europa fue dominando a casi todas las naciones, exportando lo bueno y lo malo de la antropocéntrica civilización europea.

Sin embargo, como es conocido, Europa no actuó como un bloque único y homogéneo. Fue cada una de sus naciones por separado las que actuaron en este cambio histórico. Más en concreto, las naciones, países o grupos dirigentes que se dotaron de Estado y se embriagaron con el sueño-pesadilla imperial e imperialista. Al antropocentrismo característico de algunas culturas de Europa se le unió el eurocentrismo: los reyes europeos querían ser señores del mundo; la aristocracia y burguesía del pequeño continente padecía de un peligroso complejo de superioridad. La maquinaria depredadora arrasó con recursos, pueblos, lenguas, culturas y personas. Esta loca carrera acabó con dos cataclismos: la I y II Guerra Mundial. De hecho, la Segunda Guerra Mundial significó el fin de la hegemonía europea a nivel planetario.

El siglo anterior, el XIX, anunció la llegada del colapso. La explosión demográfica hizo salir a 50 millones de europeas/os. Los imperios iban quedándose sin tierras que ocupar y se multiplicaron los conflictos. Las naciones sin Estado de Europa toman conciencia de su situación de dependencia; la clase trabajadora toma conciencia de la explotación a la que es sometida; las mujeres van haciéndose conscientes de ser una de las grandes víctimas del nuevo sistema.

Siendo el tema que nos ocupa el de Euskal Herria nos referiremos en adelante específicamente a ella, a su devenir en ese tiempo pasado y en este nuevo que ya vivimos.

Siendo muy interesante porque en Euskal Herria también se reúnen todos los ingredientes que aparecieron en el complejo panorama de la Prehistoria de la Edad Planetaria.

Euskal Herria dinámica

En algún remoto pasado, a ambos lados del Pirineo y protegido por la temperatura del mar cantábrico, Euskal Herria se formó como colectivo humano con lengua, costumbres, organización socioeconómica, y cultura singulares que le hicieron diferenciarse de los colectivos vecinos. En tan dilatada historia, como no podía ser de otra forma, el pueblo vasco fue evolucionando y cambiando. Avatares históricos, climáticos, sociales, culturales, tecnológicos fueron sucediéndose y Euskal Herria se “reinventó” a si misma en varias ocasiones. Es precisamente la capacidad de adecuarse con medios propios a los cambios lo que hace de un pueblo y una cultura un colectivo humano vivo y diferenciado. Los pueblos que no se adecuan son asimilados o desaparecen. En mi opinión, el universo mental que daba, y da, el euskera es el mecanismo principal que ha posibilitado a Euskal Herria adecuarse a los cambios sin ser totalmente asimilado.

Con la aparición de los Estados español y francés como entidades políticas unitarias la diferencia vasca se resintió. Estos Estados aspiraban a uniformizar un amplio territorio bajo la perspectiva simplificadora de: un rey, una lengua, un territorio, una religión. La política uniformizadora hizo reducir el espacio territorial original del pueblo vasco y fue convirtiendo el euskera en lengua minorizada, tratada con desprecio cuando no es directamente perseguida.

Entre los Siglos XVI y XIX se forman los Estados-nación francés y español. Euskal Herria troceada y dominada militarmente no pudo evolucionar en ese tiempo histórico para homologarse a formas políticas de Estado independiente por mucho que, como se sabe, mantenía unas formas internas de organización jurídica diferenciadas.

Es en esas circunstancias en las que Euskal Herria se incorporó a la Prehistoria de La Edad Planetaria. Aportó sus dotes de navegante y constructor de barcos y muchos de sus miembros participaron en muchas de las fechorías que franceses y españoles hicieron en las tierras colonizadas. Vascas y vascos son subsidiarios de otros protagonistas de la historia que van imponiendo un modelo social jerárquico y racista, una economía de la depredación y el modelo cultural eurocéntrico.

Pero ese escenario fue cambiando. Como muchas otras pequeñas naciones sin Estado, en el marco de las corrientes revolucionarias de carácter social y/o nacional que se opusieron al intento de restauración del “Ancien Regimen” nacido del Congreso de Viena (1819), en Euskal Herria también se van haciendo trabajos que reinterpretan el pasado para cambiar el presente. Las naciones dominadas y minorizadas fueron dando valor a su lengua, cultura, costumbres.

El mundo estaba cambiando y empezaba a morir la Europa rural, la del entorno cercano, la de la familia extensa, la del tiempo cíclico y pausado. Los Estado-nación impulsan el modelo capitalista, el tiempo cronometrado, la individualización, el salario,

la dependencia. Los pueblos sin Estado, el campesinado y la recién creada clase trabajadora sufren especialmente las consecuencias del nuevo sistema.

Hay cruentas revueltas sociales y multitud de luchas emancipadoras de las naciones a lo largo de todo el Siglo XIX, la independencia griega y las unificaciones alemana e italiana también se sitúan en ese contradictorio escenario. En Euskal Herria las deportaciones posrevolucionarias en Iparralde (Euskal Herria nordpirenaica) y las sangrientas guerras carlistas en Hegoalde, son la expresión de esas tensiones. La república jacobina francesa en Iparralde y la derrota carlista en Euskal Herria sudpirenaica, tienen como consecuencia la eliminación los últimos resortes jurídicos que habrán permitido mantener la singularidad de un pueblo preindoeuropeo.

El convulso Siglo XX trae a Euskal Herria la estructuración del movimiento nacionalista. Coetánea a otros movimientos emancipadores cercanos, pero con cierto retraso respecto a otros lugares de Europa. El movimiento nacionalista vasco, creció, evolucionó y se diversificó hasta llegar a ser la corriente cultural e ideológica hegemónica en algunos lugares del país. El nacionalismo español actuó con contundencia, se sufrió otra nueva guerra y décadas de persecución. Por su parte, el nacionalismo francés utilizó las dos Guerras Mundiales para cohesionar a un Estado plurinacional en el que aún convivían varias identidades y varios idiomas.

En búsqueda de nuestro propio modelo de independencia

El filósofo Joxe Azurmendi nos recuerda en su último libro que los dos modelos principales de creación del Estado nación: el alemán y el francés, presentados habitualmente como modelos antagónicos, son realmente dos modelos similares, pero que responden a dos situaciones diferentes. En el caso del nacionalismo alemán reivindicó la unión política de la población de habla alemana en un amplio marco territorial donde la población era mayoritariamente de lengua alemana y de origen germano; Francia, al contrario, no podía reivindicar un origen común y como el nacionalismo español, tuvo que redactar una historia ficticia que justificara reunir en un mismo espacio territorial a colectivos nacionales diferentes.

La corrientes teóricas oficiales de Europa Occidental suelen llamar al nacionalismo alemán, nacionalismo cultural o “étnico” y al francés “cívico”. Evidentemente que dichas denominaciones tiene mucho de trampa retórica. Como Azurmendi, yo también soy de la opinión que ambos nacionalismos tiene un comportamiento y unos factores comunes mucho más numerosos que las presuntas diferencias.

Comentaba que Euskal Herria no se pudo homologar a los Estados independientes que se crearon en la Edad Moderna (desde el Siglo XVI); lo mismo ocurrió cuando los modelos de Estado-nación alemán y francés facilitaron la creación de decenas de Estados en el Siglo XX. Euskal Herria como Cataluña y Galicia han llegado al Siglo XXI, subyugados al poder del Estado español. Y se da la circunstancia que el presente siglo los

modelos de creación de Estados independientes están por reinventarse, ya que como decía en las primeras línea caminamos por los primeros años de la Edad Planetaria donde todas las relaciones entre personas y pueblos han cambiado a un ritmo exponencial y en una dirección incierta.

Los nacionalismos español y francés nos quieren hacer creer que hemos llegado tarde al tren de la historia. Sin embargo, en mi opinión, es precisamente lo contrario. Euskal Herria y Cataluña tiene la oportunidad de crear un modelo político, socioeconómico y cultural que se ajuste a esta nueva etapa histórica. Además con la inmensa fortuna (ahora) de poder hacerlo sin tener que pasar por guerras, nuestro contexto nos permite procesos emancipadores pacíficos, democráticos y revolucionarios.

De haberse dotado de Estado en siglo anterior es posible que Euskal Herria hubiera podido hacer la transición de una nación cultural una nación política en términos de la época. La nación cultural vasca está en una situación de enorme minorización. La globalización ha dado más fuerte a las culturas carentes de la protección de un Estado propio soberano. De haberse producido un proceso de emancipador coincidente, por ejemplo, con los movimientos de Centroeuropa, ahora estaríamos en una situación muy diferente. Un ejemplo, en el Siglo XIX en la mayor parte del territorio la lengua de uso común era el euskera; hoy en día la utilización con normalidad se sitúa en cifras en torno al 12%, una dramática tasa que hace incluir al euskera en la lista de lenguas en peligro de desaparición.

Pero hagamos de la necesidad virtud. En este momento el uso del euskera porcentualmente con toda probabilidad es el menor de la historia, pero a su vez, en este momento es cuando más personas ha habido nunca alfabetizadas en euskera y numéricamente quizás nunca ha habido como hoy 800.000 personas capaces de vivir en todos los ámbitos en euskera (aunque solo lo hacemos de facto 300.000). Esas 800.000 personas poseemos el tesoro de poder interpretarnos e interpretar el mundo desde perceptivas diferentes y nos dan una enorme ventaja frente a los que se quedaron en la Prehistoria de la nueva era, pensando en que podían unificar y simplificar la complejidad humana y prefabricarla al servicio del mercado, las banderas y las guerras. La parte de la población actual de Euskal Herria que seguimos teniendo conciencia colectiva nacional y social, que tenemos la capacidad de comprender y disfrutar de los diferentes estamos en condiciones de dinamizar un proceso independentista del Siglo XXI.

El modelo de Estado-nación tanto francés como alemán y todos sus sucedáneos ya no sirven. Debemos de crear nuestro propio modelo mirando a nuestro pasado, al futuro, a lo cercano y a lo lejano. Interesantes son, por ejemplo, los métodos de gestión de la multiculturalidad que se trabajan en Suecia. No nos son en absoluto ajenos los esfuerzos de los pueblos originarios americanos por encontrar su sitio en el mapa político. La población vasca ha conocido en carnes propias lo que es el desprecio por lo diferente. Esto nos ha hecho sensibles a otro tipo de injusticias que trascienden lo cultural y llegan

a lo social y económico. Nuestra sensibilidad nos permite tejer alianzas que crean nuevos proyectos y nuevas mayorías. En ello estamos y ahora es el momento de acelerar antes de que si, en efecto, esta vez sea tarde.

Independencia y proceso constituyente

Los movimientos nacionalistas de Siglo XIX tiene que ver mucho, tal como se indica más arriba, con la pérdida de las comunidades rurales, Tenían mucho de nostálgico, de sentimiento de pérdida y de idealización del pasado, pero también tenían un componente revolucionario respecto al modelo que estaban imponiendo los países coloniales, ya que frente al absolutismo real o estatal reclamaban la soberanía popular, y por que junto a la toma del poder por parte del pueblo, se exigían derechos sociales, alfabetización, educación, mejoría de calidad de vida y democratización.

Muchos movimientos nacionalistas evolucionaron a posturas conservadoras y sus dirigentes pronto se comportaron como los dirigentes de las potencias coloniales. Solo proponían un cambio de fronteras, lengua, banderas, uniformes.... Pero otros muchos nacionalismos del siglo XIX fueron el motor de los procesos democráticos y de las conquistas sociales y fueron la referencia del movimiento descolonizador del siglo XX.

Casi dos siglos después, las naciones sin Estado siguen trabajando para ser reconocidas en igualdad con los demás pueblos y naciones. Muchos de los conceptos principales que sustentaron la creación de Estado-nación: moneda única, ley única, ejército, fronteras, lengua única...han cambiado radicalmente. Muchas de las atribuciones de las que se apropió el Estado-nación han pasado a entidades supranacionales. El nacionalismo del Siglo XIX luchaba contra las potencias coloniales, el soberanismo de nuestra era lucha contra la desaparición de la democracia a manos de entidades que trabajan al servicio de las multinacionales.

No cabe duda que la Edad Planetaria necesita cada vez más de instituciones supranacionales, pero es totalmente indispensable que la cesión de soberanía de los Estados se haga en una doble dirección: una hacia abajo, devolviendo el poder de decisión a los pueblos, naciones y personas; otra hacia arriba, compartiendo las decisiones sobre temas que superan todas las fronteras. Se han creado instituciones supranacionales, pero estas están haciendo el camino contrario al que necesitamos.

Ante tales sucesos, no es de extrañar que el siglo actual vuelva a ser un siglo en el que pueblos y naciones sin Estado pongan sobre el tapete la necesidad de un cambio radical en las relaciones internacionales y el sistema de poder. Las nuevas propuestas llegan de lugares periféricos del sistema-mundo, o como es el caso de Cataluña, Québec, Escocia y Euskal Herria de los pueblos relegados por los Estados-nación.

En los nuevos procesos independentistas se reclama, de nuevo, dar el poder al pueblo, poder decidir, poder construir el tipo de sociedad que quieran las personas que viven en esos lugares.

En un nuevo tiempo en el que todo va cambiando, en el que a desaparecido lo absoluto, en el que cada unos de nosotros/as mismos cambiamos a lo largo de la vida a velocidad y

frecuencia nunca antes conocida, los pueblos y naciones sin Estado quieren probar nuevos métodos de organización política que se adecuen a los nuevos tiempos y que permitan la pervivencia, evolución y cambio autorregulado de nuestros colectivos sociales y nacionales.

Los procesos independentistas vasco (ahora incomprensiblemente hibernado), catalán, escocés... son procesos constituyentes de sus respectivas colectividades nacionales en escenarios complejos propios de la época que nos ha tocado vivir. Los movimientos de emancipación nacional y social del Siglo XIX cambiaron la dirección de la historia, los movimientos de los colectivos, pueblos y naciones de hoy también lo conseguirán.

* *Licenciado en Antropología Social y Cultural. Miembro de Euskaria Fundazioa.*